

Un paseo breve y sustancioso por las calles de Toledo.

Juan José Fernández Delgado

Ateneo Científico y Literario de Toledo y su Provincia

Es más que probable que Toledo sea la ciudad europea, sobre todo si se exceptúa Roma, que ofrezca un escenario más completo para sacar la historia y la literatura de los libros y permita buscarla y hallarla en sus calles y plazas y monumentos. Y es así porque Toledo es tanto pasado como presente; por eso, vamos a dar un paseo, más breve que largo pero sin prisas, con la idea de reparar en esto, imaginar aquello y saludar a cuantos personajes históricos y literarios encontremos en el recorrido. Y repito que no tiene que ser largo el paseo; sí será de sustancia heterogénea, como las civilizaciones, historias, leyendas y personajes históricos y literarios que hallemos –o podamos hallar- en nuestro callejear.

El inicio del trayecto lo marca la lazarillesca plaza de *San Salvador* y, continuando por la calle de *Rojas Zorrilla* y de *Alfonso XII*, daremos con la plaza del reverendo historiador toledano el P. Juan de Mariana, y por la señorial calle de *Alfonso X* alcanzaremos la plaza de *San Vicente*, el majestuoso ábside de su iglesia, la enorme fachada neoclásica de lo que fue palacio de Lorenzana y, *lueguito*, Instituto de Bachillerato; después, por la calle de la *Plata*, extendida hacia arriba como un signo de admiración, daremos con *Zocodover*, la plaza de las plazas y, sin duda, la más literaria de toda España. Total, poco más de quinientos metros.

No me detendré en señalar la succulenta historia de la iglesia de *San Salvador*; sólo diré que fue una de las primeras parroquias visigodas que los árabes convirtieron en mezquita, como demuestra su torre-minarete alzado con material reaprovechado. Y añado con suma brevedad que en su pila bautismal fue bautizado por segunda vez el dramaturgo toledano, aunque esté muy relacionado con Madrid, *Rojas Zorrilla*: la primera vez que recibió el agua bautismal fue nada más nacer con sumo peligro de muerte; mas, como se repuso el futuro dramaturgo, se le acristianó con todo boato en su iglesia parroquial, como atestigua una placa en el atrio del recinto. También ahí fue bautizada Doña Juana de Castilla, tildada por lenguas viperinas de *loca*, la única reina española nacida en Toledo, precisamente en el palacio del conde de Cifuentes, pero que el Duque de Rivas cede a Alonso de Pimentel en su extraordinario poema *Un castellano leal*.

Pero ahora interesa la iglesia de *San Salvador* porque en uno de sus laterales vivía el supuesto arcipreste que casó a *Lázaro de Tormes* con su futraque y, además, le pidió que alquilara –ya casado- una casa cabe la suya, para que su esposa continuara haciéndole las tareas de la casa, entre ellas la cama, sin dar cuarto alguno al pregonero. Claro está que en Toledo no había arciprestes; sí canónigos. Ocurre, sin embargo, a este respecto, que Fernando Álvarez de Toledo, ricohombre y secretario de los Reyes Católicos y mecenas de la iglesia toledana de *San Salvador*, se había *mal enterado* del fallecimiento del arcipreste de la parroquia de *San Salvador* de Requena, ahora en la diócesis de Valencia, y envió a su secretario hasta allí para comprar el título vacante para su hijo, Bernardino de Alcaraz, que, a la sazón, contaba trece años, trece, y ya ostentaba el nombramiento de canónigo de Sevilla. Y hasta Requena llegó el secretario con semejante encargo. Mas ¿cuál no sería su sorpresa cuando encontró vivo y rollizo al arcipreste al entrar en la sacristía de aquella iglesia...?

-¿Y quién soy yo? –“y que” le preguntó el arcipreste al emisario de Toledo cuando pidió el precio del arciprestazgo-. Yo soy el arcipreste desde hace veinte años y como ve, vivo, y viviré hasta que Dios sea cumplido -“y que” le acabó diciendo..

El secretario, estampado en estatua de piedra, sólo acertó a solicitar un justificante de su gestión y, todo mohíno, regresó a Toledo cariacontecido. Y explicó lo sucedido, y lo sucedido corrió por los mentideros toledanos como las malas noticias, ¡y mucho más por el claustro catedralicio!, y acuñó el remoquete de *arcipreste de San Salvador* para el jovencísimo canónigo de Sevilla, remoquete que para nada entorpeció su ascenso eclesiástico, pero que fijó para siempre el muy inteligente autor de *El Lazrillo*, que toledano hubo de ser por razones de inexcusable necesidad...

Reparando en las piedras visigodas incrustadas en la torre para componer una histórica y bella cenefa, iniciamos el recorrido. Y lo hacemos por la calle de *Rojas Zorrilla*, autor, entre otras comedias, de *Cada cual lo que le toca*, rechazada que fue por el público porque el marido ofendido perdona a su mujer al matar ésta a quien, previamente, la había violado, y *Del rey abajo, ninguno* o *El labrador más honrado*, *García del Castañar*. Pues bien, esta callecita está dedicada a don Antonio Bardón, hombre bueno y generoso que fundó el renombrado colegio S(ociedad) A(nónima) D E(nseñanza) L(ibre), ante cuyas enormes puertas pasamos. Y como es breve la calle, rápido damos con la de *Alfonso XII*, dedicada al malogrado pintor Enrique Vera, en cuyos inicios parte una estrecha arteria titulada *Callejón del Gordo*, que hace referencia a un antiguo impresor que ahí tenía su negocio, el cual muy bien pudo haberlo heredado del impresor alemán Hagenbag, amigo que era de Fernando de Rojas y editor segundo de *La Celestina*.

Subiendo, se abre la plaza de *Marrón*, así llamada porque ahí vivía el canónigo don Bernardo Marrón, natural de Logroño; después, han vivido ilustres señores en ese contorno, como atestiguan dos ilustradas plaza de cerámica que se leen en el frente de la fachada oeste: don Rafael Ramírez de Arellano, primer presidente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, y don Clemente Palencia, secretario que fue de esta centenaria institución. Añado que en los fondos de esta irregular plaza se esconden restos de una sinagoga y que uno de sus lados limitaba la magnífica casona de los Cifuentes, alojamiento efectivo y real del duque de Borbón cuando vino a visitar a Carlos I (1526), y no el supuesto palacio del conde de Benavente, como quiere el duque de Rivas, don Ángel Saavedra, y se lee en “El castellano leal”, ni tampoco los suntuosos palacios del Marqués de Villena.

Y superado el ensanche, a la izquierda, se encuentra el inmenso caserón que fue el convento de San Pedro Mártir, hoy centro universitario, y enfrente, la entrada principal de la casona-palacio de los Cifuentes, cuna de nacimiento de Juana de Castilla, hija de sus católicos padres y madre de imperial hijo. Aquí tuvo su sede durante muchos años el colegio de los Hermanos Maristas. En el portal siguiente vivían los Vera, familia tan artística como excéntrica, y en el siguiente portal... En el siguiente portal... Sobre una sencilla y servicial puerta...

La lluvia en Toledo –dice Félix Urabayen en su novela *Toledo la despojada*- ha hecho por la limpieza de la ciudad más que ningún plan de higiene municipal. Y es así porque cuando llueve -y antes llovía mucho más-, sus calles se convertían en ríos que tributaban al río mayor (hoy el Tajo es una verdadera cloaca y triste estampa de lo que fue) toda la inmundicia ciudadana convertida en barquitos flotantes y juguetones... Después del chaparrón, el empedrado callejero quedaba limpio, resbaladizo y brillante como las patenas después de oficiar. Pues bien, un día del año dos mil la lluvia consideró oportuno quitar la masilla de cemento que enfoscaba el hermosísimo e ilustradísimo dintel que se ve sobre la puertecilla y dejó al descubierto su histórica leyenda, que alude a una reforma hecha en lo que era la Cárcel Real para darle mayor capacidad. Sin embargo...

El elocuente dintel dice que esa cárcel estaba destinada para albergar a “gentes honradas”, que vendrían a ser personajes distinguidos a los que se recluía apartados del común: algún clérigo díscolo, algún hidalgo deshonorado, algún politiquillo de tres al cuarto que hizo de lo común capote propio, etc. Y una tarde-noche, leyendo yo mismo en voz alta el texto, uno de los allí congregados exclamó: “Pues hoy estaría la cárcel sin clientela, sobre todo sin políticos”.

En fin, sea como fuere, hubiere o no políticos en esa “cárcel para gentes honradas”, lo cierto es que quiere la imaginación del lector, y la mía –y muy probablemente también la del ingeniosísimo autor del *Lazarillo*- que desde ese correccional público sacara *Lázaro*, mientras ejercía el cargo de alguacil en la ciudad imperial, a los que iban a ser ejecutados en *Zocodover* y, mientras llegaban al patíbulo y al clavicote, que en el medio y en un esquinero de la espaciosa plaza se alzaban, respectivamente, voceara las fechorías y demás cargos de acusación de los reos. Una multitud de ociosos y de gente bulliciosa acompañaría a la triste y abigarrada procesión callejera. Y un poquito más adelante del ilustrado dintel, a mano izquierda, ¡oh, maravilla!, se yergue una hermosa puerta mudéjar desde el siglo XIV que da entrada, también, a la Universidad, pero que ha estado escondida y silenciada por un tapial hasta las fechas de recuperación del ilustrado dintel. Se trata de una enorme y magnífica puerta mudéjar, cuyos ladrillos y azulejería conservan su colorido y brillo y esplendor...

Y llegamos a la plaza del ilustre historiador talaverano *Padre Juan de Mariana*, limitada por su lado norte por la esbelta fachada de la iglesia de los jesuitas, llamada de *San Juan Bautista*, y localizada desde cualquier vista panorámica de la ciudad por sus dos torres y, sobre todo, por su oronda cúpula revestida de láminas de pizarra. La espléndida fachada está resaltada por cuatro santos y presidida por San Ignacio de Loyola, como no puede ser de otra manera. Desde lo alto de sus torres, se obtienen vistas excepcionales de la ciudad: torres mudéjares, espadañas, pináculos, casas apiñadas por las que no se concibe que puedan transitar calles... La magna torre de la catedral está al alcance mismo de las manos... Y pared por medio de la iglesia, formando la acera izquierda de la calle de *Alfonso X*, el más ilustre de todos los personajes históricos nacidos en Toledo y nunca suficientemente alabado por lo que hizo en pro del afianzamiento, la consolidación, ampliación y la difusión de nuestra querida y elegante y maltratada lengua, se encuentra el robusto edificio que alberga, ahora, la Delegación de Hacienda, pero que antes era parte del recinto jesuítico. En cualquier caso, la iglesia y la sede de Hacienda se empujan sobre la colina más alta de las diez por las que se desparrama Toledo. Y por ello, por su elevada posición geográfica, los sótanos del edificio servían de aljibe inagotable para los romanos, y desde él distribuían el agua por las dos vertientes al resto de la ciudad: la del este, cuyas cañerías pasan debajo del claustro de la catedral, surtía a numerosos baños públicos y aljibes privados; y aljibes y baños romanos y árabes se pueden ver por toda la parte derecha de nuestra ruta desde la misma calle.

Y esta calle del Sabio Rey, ancha y elegante, nos lleva a la plaza de *San Vicente*, cerrada por su lado norte por un enorme edificio de cánones neoclásicos, antiguo Instituto de Enseñanza Secundaria, y antes, mucho antes, sede de la Inquisición hasta 1772, fecha en que el gran mecenas, el cardenal Lorenzana, compra esas casas inquisitoriales y manda levantar el magnífico edificio que hoy se contempla para albergar el Rectorado de la Universidad toledana.

En estos instantes, observando las amplias escaleras que suben al enorme patio del neoclásico edificio, los recuerdos se empujan, se ponen de pie, y alguno amenaza con no desaparecer si antes no se le escucha, aunque sea con brevedad... Resulta que un día de la última decena del mes de junio de 1959, ¡ay!, aquel niño de diez años, acompañado de su padre, acudió al edificio desde su *Aldeanovita* la bien nombrada a examinarse de Ingreso de Bachillerato... El día anterior el niño se había levantado temprano, antes de que metieran la primera masa de pan en el horno, y su madre le acicaló de manera más esmerada que de

costumbre, como requería la primera ocasión de viajar del niño estudiante. Y hasta el cuarto del horno acudió el abuelo Víctor a despedirle, y le metió un puñado de bolitas de anís en el bolsillo de la chaqueta que la madre le había hecho para la ocasión, y le acompañó hasta la parada de *la Campillana*, la camioneta que le llevaría hasta Talavera. Y en Talavera buscaría el padre del niño el *Galiano*, que sabía el camino directo a Toledo, donde buscarían la pensión apalabrada en la calle del *Pozo amargo*, y allí hicieron parada y fonda. En aquellas fechas se oía cantar por todas partes “Marina, Marina, Marina, contigo me quiero casar...”, porque el niño recuerda cómo en las mal llamadas *Cuatro Calles* la canción se imponía con claridad y tesón en la voz de un arrogante pescadero sobre los barrenderos, que acicalaban las calles y los vozarrones de los vendedores de leche recién ordeñada, que la brindaban por las calles y plazas aquella mañana de verano camino del Instituto...

Y recuerda también aquel niño una escena callejera fijada también en aquella mañana, ocurrida también por los alrededores de las *Cuatro Calles*: uno de los vendedores de leche, desgañitándose, pregonaba:

-A la buena leche recién ordeñada. A la buena leche, a la buena leche.

-¡Qué buena leche, buena leche, si la mitad es agua! –le recriminó un hombre con una buena ración de guasa que el niño sólo comprendió mucho tiempo después.

-¿La mitad agua? ¡La mitad, *leche*! –le respondió el enfadado vendedor.

La iglesia de San Vicente, de original torre, formó parte de las casas inquisitoriales, pero el cardenal la independizó trazando el callejoncito que lleva a la plaza de *Santa Clara*, rincón extraordinario adornado con sus cobertizos. Y sin abandonar la ruta, hay que acercarse hasta *el cubo de San Vicente*, que no es sino su hermosísimo ábside, fiel testigo de la primitiva iglesia que da entrada a la calle de *Alfileritos*; y justamente enfrente del *cubo*, un rótulo de azulejos talaveranos del siglo XVI deja leer en su cara “Calle del Refugio”, para recordar a una popular cofradía toledana que en *Alfileritos* tenía su sede y era conocida como la “Cofradía del pan y el huevo”, porque con este suculento aperitivo agasajaban a cuantos indigentes encontraban por las calles de la ciudad. Y por este motivo, quiere mi caprichosa imaginación que los cofrades “del pan y el huevo” que hacían guardia aquella venturosa mañana de mayo, en la que *el lazarillo* se presentó en Toledo con la cabeza entrapada por el caritativo golpe que le propinó el cura de Maqueda, le encontrarán y le llevarán a la sede, y le quitarán el vendaje lleno de rosetones de sangre reseca, y le limpiarán la herida, y le reconfortarán con el predicamento popular de su nombre... Al tercer día, ya con la color recobrada, alguno de los allí auxiliados, viéndole joven y sano, le dijo que *gallofero* era y que buscara amo con que sostenerse... Tristán, el toledano Luis Tristán, esmerado discípulo del Greco, tiene un excelente cuadro dedicado a la “Cofradía del pan y el huevo”.

En la fachada de enfrente de la desacralizada parroquia de San Vicente, está la iglesia del convento de *las Gaitanas*, donde se encuentra una espléndida *Purísima Concepción* de Ricardo Rizzi ocupando todo el espacio del desaparecido retablo, quemado que fue por las hordas rojas en la algarada del 36; y en el ancho de la plaza, ya mirando hacia la calle de *la Plata*, cualquiera puede imaginar la sinagoga que ahí se alzaba. Y en el frontal derecho se ve un hermoso portalón del siglo XV en cuyo dintel se exhibe un falso *visor* universitario, y digo falso porque ahí nunca hubo Universidad. Hay también en la fachada una placa de cerámica policromada que recuerda al músico compositor y también teórico toledano Diego Ortiz...

Y entramos en la calle de *la Plata*, “asilo antaño de semitas ricos y hogaño de burgueses acomodados”, como puntualiza también en esta ocasión Félix Urabayen en *Toledo: Piedad*, la primera de sus novelas. Es, en cualquier caso, una de las arterias más rectas de la ciudad, aunque pique hacia arriba tanto si se inicia desde *San Vicente* como desde *Zocodover*, y está acotada por grandes y altas casonas con portalones, escudos, dinteles, adornos y patios del siglo

XV, levantadas, a su vez, sobre otras romanas y visigodas. Y nada más entrar, en la parte izquierda, aparece un enorme portalón que da entrada a “Correos”, construido sobre una de esas históricas casonas. Ésta, concretamente, es conocida como “Casa del Cordón” por el cingulo franciscano que se desliza por las jambas y corre por el dintel. Perteneció esta casona a Rodrigo de la Quadra, declarado hereje y quemado por ello en Zocodover, y Rodrigo Cota, también hereje y condenado a pena capital; no obstante, este sujeto, al que Fernando de Rojas señala con una buena ración de ironía como posible autor del primer acto de *La Celestina*, corrió mejor suerte, pues se le conmutó la pena capital por cárcel perpetua. El Santo Oficio se incautó del edificio y lo vendió fray Francisco Ruiz, obispo de Ávila, a quien se debe el ornato de la portada resaltado por el recuerdo franciscano. Aún tuvo otros usos el suntuoso edificio: en 1640 se transformó en hospital para enfermos del “mal gálico”, o mal francés, que viene a ser lo mismo que *sífilis*. Ciertamente es también que, como a mediados del siglo XVII adquirió la casa Diego de Bálamo, y fue el fundador del hospitalito, es conocido también como “hospital de Bálamo”. El número 10 enseña otra admirable portada con un escudo ajedrezado que permite identificar al dueño de la casa, don Juan Suárez de Toledo, señor de Gálvez y del despoblado actual de Jumela. Y de aquí se deduce, sin lagar para las dudas, que ahí vivió el Greco varios años. Y justamente, donde se besan la subidita que viene de *Zocodover* y la que acude de la plaza de *San Vicente*, por el mismo cambio de rasante transitaba el adarve de “los Husillos”, de lo que da cuenta el rótulo cifrado en antiguos azulejos en la esquina del callejón sin salida.

Este callejón, en cuya mano derecha se encuentra la ventana más pequeña de Toledo, marca con su mano izquierda la fachada trasera de la sede actual de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, que este año cumple su primer centenario: una placa de cerámica y un hermoso escudo reseñan la entrada del edificio. Y lindando con la sede académica, se ofrecía el renombrado *Hotel Lino*, donde gustaba hacer parada y fonda don Benito Pérez Galdós cuando venía a Toledo. En lo que era su fachada principal, una placa colocada por Marañón, lo acuña para la verdadera “memoria histórica”, no esa otra vocinglera y de pacotilla...

Y se abre un ensanche que, a su derecha tiene una hermosa fachada ilustrada con expresivos trampantojos de colores y, enfrente, haciendo esquina a la calle *Ropería*, se alza una curiosa e inesperada torreta de rojo ladrillo como testimonio de lo que fue: una central eléctrica en el corazón mismo de la ciudad. Y cruzada *Ropería*, en la misma acera, en la fachada que abre la calle *Ancha* o del *Comercio*, hay una imagen de la *Virgen de Belén* que desde mediados del siglo XVI da su nombre a esta cuestecita y enlaza con la calle de la *Plata*. No obstante, desde mediados de los años treinta, la oficialía toledana se empeña en borrar el topónimo de la memoria popular que, felizmente, se muestra empecinada en mantenerlo. Pues bien, ahí mismo, ante otra imagen de mayor tamaño pero con la misma advocación, se detenían aquellos desolados reos sacados de “Cárcel Real” por *Lázaro el de Tormes* para hacer sus últimas recomendaciones al Dador antes de llegar a *Zocodover*, que está, justamente, a la vuelta de la esquina.